

Alicia Chibán, Eulalia Figueroa y Elena Altuna. *Discursos bolivarianos: Autoimágenes e itinerario político*. Bogotá: Biblioteca Familiar Presidencia de la República, 1997, 252 páginas.

No caben dudas acerca de la existencia de inúmeros libros y autores dedicados al estudio de la gesta y las proclamas de Simón Bolívar, cuál puede ser entonces la novedad cuando aparece un nuevo intento sobre el prócer. Tal vez el aporte del texto que reseñamos reside en un enfoque superador logrado por la eficacia de un equipo interdisciplinario. En efecto Alicia Chibán y Elena Altuna como especialistas en literatura hispanoamericana y Eulalia Figueroa como catedrática en historia americana pertenecen a la Universidad Nacional de Salta, situada al Noroeste de Argentina.

El proyecto cultural de la Presidencia del Gobierno de Colombia acogió con beneplácito este trabajo porque su contenido amerita su inclusión en una colección que intenta “poner énfasis en la educación como camino indispensable hacia la paz” –en palabras del propio Presidente Samper.

Las autoras de *Discursos bolivarianos* son investigadoras que han tamizado su ejercicio en sus res-

pectivas áreas: la literatura y la historia. Como resultado de experiencias docentes en las que hicieron converger ambos métodos para el desarrollo de temas históricos recurrentes en la novela –Colón; Descubrimiento y Conquista, Guerras de la Independencia, Revolución Mexicana– han encarado este trabajo que los contactos argentino-colombianos convierten en producto edito para conocer mejor al orador de la gesta grancolombiana.

El texto está armado –amén del ropaje paratextual lógico, de presentadores y prologuistas para la ocasión, incluidos miembros de las Academias Colombianas– en dos grandes bloques que contienen, primero el análisis de una selección de los documentos más significativos de la carrera política de Bolívar, desde 1805 hasta 1830 (pp.11-44); segundo: un apéndice documental conformado por la transcripción fiel de once piezas retóricas objeto del análisis discursivo previo (pp. 150-248).

Para los conocedores del macro tema Bolívar las fechas son la mejor guía, pero no todos recordarán la correspondencia entre hechos y valor trascendente de los discursos, de allí que se justifique el detalle. Las autoras presentan el “Juramento del Monte Sacro” de 1805 con el subtítulo de “La constitución de la imagen heroica” precisamente porque es en este acto en el que el sujeto se proyecta desde la virtualidad “en un contexto que le otorga un estatuto de alcance mítico”(16). A través de la agudeza analítica de sus lectoras, el “juramento” revela una imagen que se autolegitima como un “yo todopoderoso y tendido hacia el futuro” (20).

Contrastivamente la lectura del “Decreto de guerra a muerte” de 1813 pone el acento en aspectos historiográficos más que enunciativos, porque fácticamente un decreto de ese contenido importa en sus efectos más que en su letra. Sin embargo las autoras encuentran los matices modelizantes en la presencia de un “nosotros/vosotros” que equivale a ejército libertario y a pueblo sufriente de los daños de la guerra, aparente polaridad que condensa la fuerza revolucionaria.

Otro matiz importante en el decir es el que señalan las analistas respecto de la coincidencia entre estrategia guerrera y estrategia discursiva: **influir** y **decretar**, pues se trata nada menos que de incitar al abandono de las filas enemigas para salvar la vida, o intimidar con la muerte en caso contrario. Esta muestra de poder sobre valores tan absolutos es la medida de las controversias que el decreto suscitó, y a ello también se avoca el estudio antes de centrarse en la “Carta de Jamaica”.

Como “La profecía del exilio” rotulan Chibán, Figueroa y Altuna el tratamiento de este documento de 1815. Tal como se infiere de la presencia de una historiadora en el equipo de trabajo, el análisis discursivo va precedido de información sobre el contexto de emisión de la famosa carta. Pero, sin duda, es el costado retórico el que más se explota hermenéuticamente. Desde una diacronía del género epistolar que se remonta a los Evangelios hasta una minuciosa caracterización de la situación comunicativa, las autoras conducen al estudioso del tema a redescubrir identidades en el destinatario y destinatario de este documento de valor fundacional.

El capítulo en el que todo el texto justifica su título completo –“Discursos bolivarianos: autoimágenes e itinerario político”– es el que se ocupa del “Discurso de Angostura” no sólo porque aparece promediando el lapso focalizado sino porque representa el surgimiento de un Estado. La remisión a bibliografía muy clásica como O’Leary y Masur permite reconocer la factura historiográfica del texto que reseñamos, pero inmediatamente se advierte el tránsito hacia la teoría del discurso en su enorme capacidad de presentificar una sucesión de “imágenes del emisor”(62-75). Así, la mirada crítica se desplaza aprehendiendo, desde el espesor mismo de la palabra, la imagen del libertador libertado, la del buen ciudadano, la del estadista, el reformador y el visionario.

El acento del análisis está puesto en la imagen del estadista “no propuesto directamente por el emisor, sino más bien emergente del registro de lo no dicho”(66). Lo no dicho parece residir en la combinación de estrategias que hilvanan pasado (de la Humanidad), presente (de la región grancolombiana) y futuro (del Continente). La lectura es afiada y no deja resquicio por interpretar sobre todo en el terreno de los recursos, como por ejemplo en el tono reflexivo que dispara el uso de sentencias por parte del sujeto Bolívar. Las notas

a pie de página van, asimismo, remitiendo a relaciones intratextuales con la “Carta de Jamaica”, e incluso con la producción de José Martí (que de paso anticipa otra etapa del mismo proyecto académico que dirige Alicia Chibán).

Los otros documentos tratados con el mismo rigor y originalidad, son: “Discurso ante el Congreso de Cúcuta” de 1821 y “Convocatoria al Congreso de Panamá” de 1824 –éste reviste la relevancia de la proyección americanista; y los que Chibán, Figueroa y Altuna denominan “Los discursos de la Victoria” (103), registrados históricamente como “A los peruanos” de 1824 y “Palabras en la cima del Potosí”, de 1825.

Nos detenemos en un subtítulo sugestivo (desprendido del propio discurso bolivariano), “Las cumbres glorificantes” (112) que introduce un tramo de las estudiosas argentinas, en el que retrotraen el Juramento del Monte Sacro, precisamente porque revela aspectos de la personalidad del héroe: “Queremos llamar la atención sobre esta recurrencia, nada casual por cierto, de la coincidencia entre la emisión de discurso heroizantes o glorificadores y la elección - a tal efecto- de un espacio de elevación”(113).

Después de examinar los planos que simbolizan ascensión y trascendencia, sobreviene la lectura de la contracara, es decir “El discurso del fracaso” (125) en las apostillas críticas a “Carta al General Flores”, de 1830 y “Renuncia dirigida a los colombianos”, también de 1830.

Es evidente la conformación de un relato que excede las visicitudes de toda constatación historiográfica porque se nutre de ella, pero se sazona con las esencias que entraña la **palabra**. Esencia paladeada, en el estricto sentido de la imagen, porque en muchos casos fue palabra dicha, pronunciada con todas las modulaciones de un **hombre** en el pleno ejercicio de sus ambiciones. De ello da cuenta el texto merced a un doble ejercicio: el de la investigación, pero sobre todo, el de la identificación con un compromiso bolivariano acorde a “los tiempos que ayudó a crear” (142).

En síntesis el libro de Chibán, Figueroa y Altuna es un aporte documental y crítico, suma, a lo copiosamente hecho sobre el tema, la lectura del **decir**, haciéndose y en prospectiva.

Amelia Marta Royo
Universidad Nacional de Salta